

PRODUCCIÓN Y EDUCACIÓN: UNA PROBLEMÁTICA CONJUNTA

Débora Giorgi *

Las estadísticas oficiales indican que existe una demanda laboral insatisfecha de las empresas cuando buscan obreros calificados. Es fundamental para revertir esta situación el rol del Estado y la vinculación entre la educación y el trabajo.

* Licenciada en Economía, Universidad Católica Argentina. Profesora Titular Ordinaria de la Universidad Católica Argentina. Miembro del grupo de consulta de académicos del Centro de Estudios para la Integración de la Cancillería Argentina (CEI). Ministra de la Producción de la provincia de Buenos Aires.

Una demanda habitual

En mis habituales viajes al interior de la Provincia o a los partidos del conurbano bonaerense tengo numerosos encuentros formales e informales con empresarios, en general dueños de las pyme. Los temas de conversación son variados, pero hay uno que –tarde o temprano– siempre aparece: la preocupación que muestran porque no encuentran, o encuentran solo de manera dificultosa, personas con la calificación adecuada para cubrir los puestos vacantes que va generando el desarrollo de la empresa, en una economía en crecimiento.

Esta falta de personas con las habilidades apropiadas no se refiere sólo a economistas con maestrías en negocios o a ingenieros con posgrados en el exterior; al contrario, esos perfiles son relativamente más fáciles de conseguir. Lo que los empresarios notan es que falta gente con conocimientos más aplicados, de media y alta especialización: torneros, calderistas, técnicos mecánicos y electromecánicos, incluso cadetes, administrativos y operarios de baja calificación. Y sus comen-

tarios siempre terminan con frases similares: “necesitamos los colegios técnicos”; “necesitamos fortalecer la educación”; “necesitamos volver al respeto por los oficios”.

Este reclamo sostenido da pie para algunas reflexiones. En primer lugar, podemos preguntarnos si los comentarios que escucho reflejan una realidad extendida o son solo un dato *impresionista*, contundente, sí, pero no generalizable. En segundo lugar, nos hace cuestionar tanto acerca de las causas de esta situación como de las vinculaciones entre los ámbitos de la producción y de la educación, y qué hacemos y podemos hacer desde el Estado.

Una realidad dual: desempleo y puestos de trabajo sin cubrir

El impresionante crecimiento que ha mostrado la Argentina, y en particular la provincia de Buenos Aires, en los últimos tres años, ha contribuido en gran medida a mejorar algunos indicadores laborales y sociales, mediante la “correa de transmisión” de ese crecimiento macroeconómico hacia las personas: la actividad de miles de empresas.

Así, los datos que recopila el Indec muestran que el desempleo se redujo muy significativamente, desde porcentajes cercanos al 22% de la población económicamente activa (PEA) en 2002, a otros que rondan el 10% en 2006, tanto en la provincia de Buenos Aires como en el país en general. Incluso zonas como el conurbano bonaerense, muy afectadas por las políticas neoliberales de los años 90, y golpeadas fuertemente por la crisis de 2001/2002, pueden mostrar hoy un desempleo apenas superior al 11% de la población económicamente activa. La pobreza también muestra una fuerte reducción, si bien continúa afectando

aproximadamente a un cuarto de los hogares y a un tercio de las personas del país.

Esta realidad más optimista y esta tendencia esperanzada conviven, sin embargo, con un mercado laboral en el que la demanda de trabajo de las empresas no siempre puede satisfacerse. En los últimos dos años, la demanda laboral insatisfecha ha rondado el 13%, con una tendencia ligeramente creciente, según el Indec. Lo interesante –y preocupante a la vez– es que esa brecha promedio entre la demanda y la oferta enmascara que el 44% de los puestos que no se logran ocupar pertenecen a posiciones operativas (no técnicas de alta calificación ni profesionales), y que el 90% está vinculado con la producción o el mantenimiento. Asimismo, los sectores que mayor demanda laboral satisfecha informan son los vinculados con la industria, como el sector textil, la industria de la madera y muebles y el sector automotriz.

Es decir, nuestra percepción *impresionista*, recogida en muchos viajes y conversaciones, refleja en realidad un fenómeno general: a la Argentina, y a la provincia de Buenos Aires, le faltan operarios y obreros calificados; le faltan los *oficios*, que durante muchos años conformaron la columna vertebral de los saberes técnicos del sector trabajador. Y esta carencia no debe transformarse en una restricción del crecimiento ni del ascenso social de miles de compatriotas.

El deterioro de la articulación entre la educación, el trabajo y la producción

Los datos nos confirman que la preocupación de los empresarios por la educación no es solo la de quien se preocupa porque no consigue los recursos que su empresa necesita, po-

niendo así en peligro su rentabilidad. Entendemos que hay un motivo más profundo: los empresarios tienen la percepción, compartida particularmente con quienes trabajan en la educación y en lo social, como los maestros y trabajadores sociales, y también con aquellos que de manera permanente o transitoria ocupamos cargos públicos de todo nivel, de que luego de décadas de desmanejo en la Argentina se ha roto la articulación entre la educación y la producción, a partir del deterioro del mercado de trabajo. Esta es una situación que sólo en los últimos tres años se está revirtiendo.

En efecto, el campo de la educación y el de la producción se vinculan entre sí, sobre todo a partir del trabajo. Esto no quiere decir que suscribamos la visión estrecha de privilegiar sólo aquellos conocimientos y habilidades que puedan tener un mercado laboral: no entendemos a la escuela únicamente como proveedora de *insumos humanos* a las empresas. Por el contrario, pensamos la relación en un plano más profundo: vemos a la escuela como una organización cuyo objetivo es que las niñas, niños y jóvenes se transformen en personas integrales, y también dotarlos de habilidades –en sentido amplio– que les permitan, de adultos, insertarse en la sociedad en las mejores condiciones posibles. En particular, que puedan insertarse en un trabajo productivo y gratificante, de calidad; trabajo que puede ser en la industria, pero también en la investigación o en el arte.

Es decir, la escuela debe *formar para el mundo del trabajo*, para que quienes pasen por ella aprendan todas las dimensiones y relaciones que se dan en ese ámbito, y puedan hacerlo propio de la mejor manera. Para ello, la escuela no puede estar ajena a la empresa, ni

la empresa ver a la educación como una mera formación técnica.

Esta articulación, que Argentina logró construir a partir en gran medida de Sarmiento y sus ideas, resultó seriamente dañada. Por un lado, la volatilidad económica destruyó la previsibilidad de la economía, y con ella la capacidad de planificar; privilegió lo financiero sobre lo productivo; erosionó la rentabilidad empresaria y envió a la quiebra a miles de las *Pyme*: el mercado de trabajo vio así deteriorada su demanda.

Por otro lado, las erráticas políticas educativas, el oscurantismo, las falsas modas destruyeron o afectaron seriamente a la escuela pública; cancelaron a la educación como medio de ascenso social; devaluaron las titulaciones y generaron una distorsionada oferta laboral. Del país de “m’hijo el doctor” pasamos a uno donde *todos* son o quieren ser doctores, pero pocos pueden trabajar como tales.

Finalmente –y como efecto profundo– la pobreza estructural creada por décadas de políticas erróneas generó una pérdida de los valores que hacen al mundo del trabajo y de la empresa: el esfuerzo, la toma calculada de riesgos, la creatividad, la innovación, el compromiso.

Qué estamos haciendo

Si bien toda la sociedad es en parte responsable del actual estado de las cosas, y está en manos de todos los habitantes del país recuperar la gran educación y la gran producción argentinas, quienes estamos en el Gobierno tenemos una responsabilidad adicional ante esta situación.

En efecto, tenemos las herramientas, y tenemos la obligación de atender tanto las

La escuela no puede estar ajena a la empresa,
ni la empresa ver a la educación como mera
formación técnica.



urgencias del presente como las necesidades del futuro. Parte de nuestro rol es mirar hacia delante, preguntarnos adónde queremos ir como sociedad y diseñar las acciones que nos permitan alcanzar esos objetivos.

Reconstruir el vínculo entre la producción, el mundo del trabajo y la educación no es algo que se pueda hacer en una sola gestión; es un compromiso que debe tomarse como una política de Estado.

No es, tampoco, una tarea que pueda enfrentarse de manera exitosa si se segmenta, tanto *ad-intra* de un Ministerio como *ad-extra*. Es decir, requiere que sea una dimensión que esté presente en *todas* las acciones gubernamentales de un ministerio específico, y que demanda la articulación entre diferentes áreas, al menos Educación, Trabajo y Producción.

Conocemos el enorme esfuerzo que está haciendo en esa área nuestro Gobernador, a través de la Dirección General de Cultura y Educación, para recuperar la educación en general y la pública en particular, y cómo es parte de su enfoque la vinculación con el mundo productivo y la profundización de esa relación. Conocemos también los planes del Ministerio de Trabajo para facilitar la contratación de trabajadores y la inserción de los jóvenes en el mercado laboral.

¿Qué estamos haciendo, por nuestra parte, desde el Ministerio de la Producción, según el mandato del Gobernador, en ese sentido?

Entendemos que clarificar esto puede ser nuestro aporte a la comunidad educativa y a sus autoridades. Con mayor conocimiento de las acciones que cada ámbito está realizando, potenciaremos nuestro trabajo conjunto.

El ámbito de la producción es el de la creación de riqueza. Pero las tristes experiencias del pasado –cuyo legado aún estamos pagando– nos han mostrado que la creación de riqueza es socialmente estéril si no va acompañada de una distribución que permita a todos los argentinos gozar de ella. En ese sentido, el trabajo cumple un rol fundamental. Por ello, he puesto como objetivo general y último de mi gestión el generar una demanda de trabajo de calidad, que permita que todos los bonaerenses que quieran trabajar puedan hacerlo, en un ámbito de trabajo decente.

Ese objetivo se logrará si podemos promover, apoyar y potenciar a las PYME –y también a las grandes empresas– para que desaten su creatividad, asuman riesgos, inviertan, detecten mercados, crezcan..., y demanden trabajo calificado.

El Ministerio que dirijo tiene herramientas que apuntan a los distintos ámbitos que pueden producir ese efecto en las PYME: desde programas que apuntan a desarrollar los beneficios de la asociatividad y una mejor distribución territorial de la producción (Programa de Agrupamientos Industriales y Programa de Distritos Productivos), hasta los que hacen al financiamiento

(Fuerza PYME, Fondo de Garantías Buenos Aires [FOGABA]), sin descuidar los temas de promoción industrial, puertos, microemprendimientos y economía social (empresas recuperadas, cartoneros, entre otros) y de promoción de las empresas bonaerenses en el exterior (BAExporta). Estos programas, de una u otra manera llegan a miles de PYME.

Lo que constituye el marco unificador de todos estos esfuerzos es, por un lado, el ya mencionado de dirigirlos a hacer crecer a las empresas para que a su vez generen empleo de calidad. En segundo lugar, y no menos importante, el *enfoque* con que los encaramos privilegia la articulación tanto *ad-intra* del Ministerio de la Producción como con otros ministerios.

Educación y producción

Comenzamos este artículo comentando las preocupaciones de nuestros empresarios. ¿Qué podemos contestarles a los empresarios,

a la luz de lo que expusimos en este artículo, y de lo que estamos haciendo?

En general, mi respuesta a esos comentarios es algo más o menos así: desde el Estado estamos trabajando no solo con programas específicos sino en pos de una mayor articulación entre todos los programas y ministerios que comparten problemáticas comunes. Inténgense ustedes también. Avancen desde la constatación de un hecho hacia el comienzo de una solución. No es fácil revertir 40 años de deterioro de los sistemas productivo, laboral y educativo, pero es posible, y el sector privado es un actor fundamental en el logro de dicho objetivo. Con la actual condición política que asegura mayor previsibilidad económica e institucional, con crecimiento, con políticas racionales orientadas a distribuir más igualitariamente el ingreso, la relación entre la escuela, el mundo del trabajo y la empresa se irá reconstruyendo y fortaleciendo. Hacia ese objetivo estamos avanzando. 